

los frutos encontrados en el interior del pozo, en el otoño, en concreto en el mes de octubre. El período de uso de este lugar de ofrendas, de una índole marcadamente local, que contrasta con la “universalidad” del Cerro de los Santos, está situado entre la mitad del siglo IV a. de C. y finales del III o principios del II a. de C. gracias a los datos cronológicos que arroja el estudio de los diversos objetos depositados.

Otro de los lugares de culto sagrado es el Cerro de los Santos, conocido desde 1830, en el que se han ido exhumando las piezas escultóricas desde esa fecha por parte de todo tipo de aficionados e investigadores, entre los que destacan a finales del siglo XIX y principios del XX Don Julián Zuazo Palacios, A. Engel, Pierre Paris, o P. Savirón y Esteban. Este último nos ofrece el plano del santuario que vendría a tener una planta rectangular a la manera de los de tipo helénico (*Ruiz Bremón, 1989, p. 24 y ss.*), lugar en el que el individuo entraba en contacto con la divinidad ofreciéndole un presente en forma de exvotos. La explicación clásica relaciona nuestro santuario con una Diosa Madre fecundadora y de carácter protector. Otra de las interpretaciones sugiere que la divinidad a la cual está dedicada el lugar es una diosa protectora del ganado, que se identifica en época romana con Pales, debido a que se encontraron diversos exvotos representando animales (*Sillieres, 1979, p. 76-77*). Por último Ruiz Bremón (*1988, P. 385 y ss.*) propone una interpretación novedosa y elaborada apoyándose en la existencia de aguas medicinales; según esta investigadora el santuario se relacionaría con el poder curativo de las aguas sulfurosas que existirían en las cercanías del recinto, basándose para ello en que éste está enclavado en una zona donde abundan las aguas salitorosas y sulfurosas, tales como la Laguna del Saladar y los Baños de San José en las inmediaciones de La Higuera (Corral Rubio).

En lo que respecta al ritual entra dentro de lo probable el que las ofrendas, estatuas, objetos metálicos o cerámicas, se colocaran en el recinto interior en lo que se llama el “temenos”, espacio que rodea el edificio de culto propiamente dicho. Otro aspecto interesante es el que se desprende del análisis iconográfico de las representaciones escultóricas, en donde se puede ver que los devotos realizan una ofrenda, generalmente un vaso, o tal vez se dirigen hacia la divinidad para realizar abluciones purificadoras con el agua contenida en el mismo (*Ruiz Bremón, 1989, p. 186 y 188*).